

El distintivo del cristiano

2ª Corintios

2.14–17

Prisioneros por Dios

James Thompson

«Pues no somos como muchos, que medran falsificando la palabra de Dios [...]» (2.17).

Hace varios años estuve en una concentración de miles de personas que se reunieron un frío día del mes de noviembre, con el fin de observar y escuchar a un candidato a Presidente de los Estados Unidos. Éste se aprestaba a hacer un llamado de última hora a partidarios y a no partidarios, en el que les pediría que apoyaran su candidatura. Aunque es muy poco lo que recuerdo acerca de lo que se dijo, sí recuerdo perfectamente la atmósfera que se proponía crear el evento. Se tenía controlado hasta el último detalle con el fin de transmitir una gran carga de optimismo. Había que hacerles creer, tanto a partidarios como a indecisos, que estaban a las puertas de la victoria. Los organizadores sabían que aquella noche, millones de personas por todo el país, verían por la televisión un segmento de un minuto del evento. El único mensaje que deseaban transmitir era que la causa de ellos tenía todas las posibilidades de ganar. Sabían muy bien que a nadie le interesaba ser parte de una causa perdida.

Como aquellos profesionales bien lo sabían, existe en nosotros una fuerte tendencia a asociarnos con el que nos parece que va a ganar. Muchas veces sentimos la necesidad de esperar a que cierta causa dé señales de éxito, para poder tomar la decisión de adherirnos a ella. Sencillamente, las causas perdidas no ejercen atractivo en nosotros.

Es natural que deseemos ver señales de éxito en la iglesia. La ilusión de la victoria es contagiosa y estimulante, y lo es tanto para cristianos dedicados como para los que no lo son. En consecuencia, siempre estamos tratando de crear una atmósfera positiva. Nos gusta llamar la atención al crecimiento que se esté dando en todos los aspectos que se puedan medir, y lo hacemos con el fin de demostrar que no estamos lejos de la victoria. Comparamos la asistencia de este año con la del año pasado. Llamamos la atención a los aumentos en el monto ofrendado, a las nuevas estadísticas de convertidos y a los aumentos en las propiedades de la iglesia. Las anteriores señales de victoria se usan para demostrar que nuestro programa no es una causa perdida, y para estimularnos a esperar otras señales de victoria.

Según revela el versículo 14, es natural regocijarnos en la victoria. Esto es lo que leemos: «Mas a Dios gracias, el cual nos lleva siempre en triunfo [...]». Pablo también se deleita en la emoción que nos produce la victoria. Hay momentos en los cuales las únicas palabras apropiadas para describir nuestra experiencia, son las que expresó Pablo cuando dijo: «A Dios gracias» (cf. Romanos 6.17; 7.25). Esta exclamación por sí sola sugiere que uno está maravillado por lo que Dios ha hecho en

Jesucristo. El Nuevo Testamento manifiesta claramente que el cristianismo auténtico incluye este maravillarse, en el que sólo las exclamaciones resultan apropiadas. Esta era la razón por la que los cristianos primitivos a menudo se conmovían hasta prorrumpir en alabanzas. Se maravillaban juntamente con Pablo, cuando éste decía: «Mas a Dios gracias, el cual nos lleva siempre en triunfo [...]» (2.14).

CRISTIANISMO TRIUNFANTE

Cuando Pablo dice: «[...] el cual nos lleva siempre en triunfo», él está usando una imagen llena de colorido para describir la victoria del cristianismo, imagen que él tomó de los desfiles triunfales de la antigua Roma. Cuando los generales victoriosos volvían de la guerra, eran recibidos por multitudes llenas de admiración, a las cuales mostraban las señales de su victoria. Estas muestras de victoria incluían a los cautivos y el botín de guerra que se traía a casa. Así, Pablo declara con una exclamación, que la causa de Dios tiene su propio desfile triunfante. Del mismo modo que el general marchaba por la ciudad, en triunfo, Dios lleva a Su pueblo, también en triunfo.

En el Nuevo Testamento el triunfo es nota dominante. La palabra que se traduce por «nos lleva en triunfo» en el versículo 14 (*thriambeuo*), es la misma que Pablo usa en Colosenses 2.15 para referirse a la victoria obtenida por Cristo en la cruz, cuando dice que «[...] despojando a los principados y a las potestades, los exhibió públicamente, *triunfando sobre ellos* en la cruz». Es como si estuviéramos peleando una batalla con la garantía de que la victoria está de antemano decidida.

Las epístolas de Pablo abundan en referencias a la victoria que Cristo ha obtenido. La conclusión que él saca de la resurrección de Cristo es la siguiente: «Mas gracias sean dadas a Dios, que nos da la victoria por medio de nuestro Señor Jesucristo» (1^{era} Corintios 15.57). La promesa de la victoria lo lleva a anunciar la victoria de Cristo mediante el uso de hermosos términos líricos, en Romanos 8.37, donde leemos: «Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó». Fue el cristianismo triunfante, por lo tanto, lo que llevó a Pablo a exclamar en más de una ocasión: «¡A Dios gracias!».

En nuestro ministerio es necesario tener la misma certeza que tuvo Pablo, de la victoria total de Dios. La desesperanza puede ser tan contagiosa como la esperanza. Puede quitarnos la voluntad de servir, y hacer que pierdan la esperanza los demás, produciendo en ellos la sensación de que se han

adherido a una causa perdida. No es así el distintivo del cristiano, el cual consiste en la participación en un desfile victorioso.

¿QUÉ CLASE DE TRIUNFO?

No hay quien lea 2^a Corintios desde el comienzo, hasta la extraordinaria exclamación que hace Pablo en 2.14, sin que le asombre la forma tan repentina como él se atribuye la victoria. En el contexto inmediato del pasaje, Pablo ha estado a la defensiva. Ha respondido a varias acusaciones en el sentido de que carece de sinceridad, y de que ha actuado con ligereza. En 2.1–13, ha estado haciendo memoria de la profunda tristeza que le ha acompañado durante su ministerio entre los corintios. Ha sido «por la mucha tribulación y angustia del corazón [y] con muchas lágrimas» que les ha escrito una epístola a ellos (2.4). Tanto él como sus lectores han experimentado tristeza (2.2, 5). Les habla de cuando «no [tuvo] reposo» a causa de su preocupación por la iglesia de Corinto y por los problemas de ésta, así como por no haber podido hallar a Tito ni recibido noticias acerca de ellos. ¡Lo que sorprende del hecho de que Pablo se atribuya la victoria en el versículo 14, es que lo haga precisamente en el momento en que ha estado describiendo la profunda tristeza y angustia que le ha producido su ministerio! ¡En el preciso momento en que describe la angustia del ministerio, dice: «Mas a Dios gracias, el cual nos lleva siempre en triunfo»! Y no reanuda su relato acerca de las noticias procedentes de Corinto, sino hasta 7.5.

El hecho de que Pablo se atribuya la victoria, parece tan inoportuno en el versículo 14, que muchos estudiantes serios de la Biblia han propuesto que 2.14—7.4 es una unidad independiente. Según ellos, tal unidad no se escribió al mismo tiempo que la descripción de la angustia que siente Pablo por la iglesia, descripción que aparece en los capítulos 2 y 7. Es notable el cambio en el estado de ánimo. Nos asombra que estos versículos, que expresan estados de ánimo tan diferentes como lo son la angustia y el triunfo, estén el uno junto al otro.

Tal vez hayamos exagerado el contraste entre los versículos 13 y 14. Pablo no se describe a sí mismo como el victorioso general que va a la cabeza del desfile triunfal. Más bien dice que es a él a quien llevan «en triunfo» como uno de los prisioneros. Como prisionero que es del desfile de la victoria, él está «siempre» siendo exhibido públicamente. Por medio de su ministerio, él «manifiesta» el conocimiento de Dios. La gratitud de Pablo por el hecho de que puede cumplir la

función de prisionero en este desfile triunfal, lo lleva a exclamar: «¡A Dios gracias!».

Si entendiéramos la función que cumple Pablo en el desfile triunfal de Dios, no nos causaríamos tanto asombro la relación que hay entre los versículos 13 y 14. Es probable que sea a través de la angustia y de la aflicción de su ministerio, tal como se describen éstas en 1.8–11 y en 2.1–13, que Pablo ve que se lleva a cabo el desfile de la victoria de Dios. Él sabe que su angustia por las iglesias no es una causa perdida, sino que es parte de un drama que termina en victoria. Está agradecido de ser un prisionero de esta causa.

La descripción que hace Pablo de su función en el desfile de la victoria de Dios, recuerda la impactante imagen que él usa en 1^{era} Corintios 4.9, donde dice: «Porque según pienso, Dios nos ha exhibido a nosotros los apóstoles como postreros, como a sentenciados a muerte; pues hemos llegado a ser espectáculo al mundo, a los ángeles y a los hombres». En vista de que la palabra griega que se traduce por «espectáculo», es *theatron*, podríamos expresar la idea de Pablo de la siguiente manera: «Hemos llegado a ser teatro al mundo». Las palabras nos recuerdan que Jesús mismo fue una clase de «espectáculo» a las multitudes que vieron su crucifixión. Murió como ejemplo y símbolo públicos de humillación. Las palabras que expresa Pablo en 1^{era} Corintios 4.9, indican que el siervo de Cristo está dispuesto a participar de lo mismo que participó Jesús, y a llegar a ser un «espectáculo».

Uno de los temas clave de 2^a Corintios es la afirmación que hace Pablo en el sentido de que su ministerio se caracteriza por su participación en la muerte de Cristo. Del mismo modo que Dios es Aquel que «siempre» lo lleva en triunfo, Pablo «siempre» está llevando en el cuerpo la muerte de Jesús (4.10). Está dispuesto a participar de la «debilidad» de Cristo (13.4; cf. 11.10). Sin embargo, si un tema clave es la debilidad del apóstol, a este tema le acompaña la afirmación en el sentido de que el poder de Dios está presente en la debilidad, pues dice: «[El] poder se perfecciona en la debilidad [...] porque cuando soy débil, entonces soy fuerte» (12.9–10). La angustia de Pablo es en realidad el desfile de victoria de Dios, pues él es prisionero de Dios.

Existe la clara posibilidad de que cuando somos nosotros los que exclamamos: «Mas a Dios gracias, que nos lleva en triunfo», no lo estemos haciendo con la profundidad y la experiencia que Pablo comunicó. Es posible disfrutar de la emoción de las palabras haciendo caso omiso del contexto en que se encuentran. Las victorias que procuramos

pueden ser las que buscan evitarse la angustia que implica nuestro servicio a Dios. Puede que estemos procurando victorias fáciles y sensacionalistas, que no se originan en el sufrimiento de la cruz. Puede ser que nuestros modelos para la victoria los estemos tomando del mundo del mercado, y no de la cruz. Aunque la clase de victoria que Pablo proclamaba era extraña, se trataba de una victoria peculiarmente cristiana, una victoria que se originaba en la cruz.

La reacción inicial que a menudo manifestamos después de que asumimos alguna responsabilidad en la iglesia, es de consternación por la enorme cantidad de problemas con los que nos enfrentamos, problemas que nos obligan a consumir energía manteniendo la paz, a poner esfuerzos en la ministración a cristianos apáticos y a llevar a cabo trabajos rutinarios que no son muy emocionantes. Suponemos que ninguna de las anteriores funciones tiene la apariencia de un desfile de victoria. Por lo general no estamos preparados para la aflicción que produce este trabajo. Pero Pablo sugiere que el poder de Dios puede manifestarse a través de nuestras ingratas tareas. Nosotros también tenemos una función que cumplir en el desfile de la victoria.

En muchos casos, podemos vivir con la seguridad de que nuestro ministerio es parte del desfile de victoria de Dios, aun cuando no podamos usar las señales de esta victoria. Las desilusiones que todo dirigente cristiano ya ha sufrido, son suficientes para suscitarle interrogantes y dudas sobre la certeza de estar participando de victoria alguna. Las personas con las que contamos pueden desilusionarnos, y el esfuerzo que ponemos en animar a otros puede no producir resultados visibles. Sin embargo, puede haber momentos victoriosos que producen verdadero gozo. De hecho, la expresión de Pablo, cuando dice: «Mas a Dios gracias, el cual nos lleva siempre en triunfo», puede interrumpir su relato de angustia porque él sabía que después de no tener ningún reposo (7.5), su espíritu fue al fin tranquilizado y animado, cuando Tito le trajo las buenas nuevas en el sentido de que los corintios no habían desilusionado a Pablo. Esto es lo que dice, hablando de Tito: «[nos hizo] saber vuestro gran afecto, vuestro llanto, vuestra solicitud por mí, de manera que me regocijé aun más» (7.7). El ministerio de Pablo le había producido a él el gozo de ver algunos resultados de su labor.

EL AROMA DE CRISTO

El desfile de la victoria era un espectáculo extraordinario que exhibía encantadoras imágenes visuales. Los generales uniformados y los es-

tandartes que portaban los soldados, transmitían un contundente mensaje visual. Pero había, además del «espectáculo», el «olor» de la victoria. El olor del incienso que se quemaba, llenaba el aire con aromas que le transmitían el mensaje de la victoria al populacho. Las imágenes le permiten a Pablo decir que el «olor de la victoria» estaba en el aire de su ministerio, y que él estaba cumpliendo una importante función.

Las imágenes de los perfumes cumplían una importante función en la Biblia y en otras obras de la literatura judía. A veces, la Palabra de Dios se comparaba con un perfume. En muchos otros casos, se dice que los sacrificios que se ofrecían a Dios, eran agradable aroma (vea Génesis 8.21, Éxodo 29.18; Levítico 1.9). Así, en el Nuevo Testamento se dijo que el sacrificio de Cristo fue «olor fragante» para Dios (Efesios 5.2). Según explica el versículo 14, este «dulce aroma del conocimiento de Él» (NASB) se manifiesta en el mundo. En todo lugar en el que se relata la historia de Jesús, se manifiesta este «olor de victoria». La historia de Su cruz constituye para los cristianos el gran poder de Dios para salvación (1^{era} Corintios 1.13–25; cf. Romanos 1.14–17). Así, la fragancia que se manifiesta, comunica vida y poder a los que se salvan (2.16), aun cuando lleva el olor de la derrota a los que se pierden (2.16).

Con estas impresionantes imágenes, Pablo desea comunicar que la historia de la cruz es el mensaje más decisivo del mundo. Debido a que tiene que ver con cuestiones de trascendencia eterna, como la muerte y la vida, los espectaculares desfiles de victoria eran triviales en comparación con tal mensaje.

El tema fundamental de 2^a Corintios es el mensajero y su función en este decisivo evento. Pablo está a la defensiva, respondiendo a los que lo acusan de ser demasiado débil e incompetente, si no de muy poco honrado, para llevar a cabo un ministerio serio. Pablo sabe que Jesús no es por sí solo la fragancia divina. A veces, como les dice a los filipenses, nuestra pequeña contribución y nuestras ofrendas constituyen «olor fragante» y «sacrificio acepto» a Dios (Filipenses 4.18). La totalidad de nuestra vida puede ser un «sacrificio vivo» presentado a Dios (Romanos 12.1). Pablo demuestra de modo gráfico su argumento, en Filipenses 2.17, cuando se describe a sí mismo diciendo que él es «derramado en libación sobre el sacrificio y servicio [de la fe de ellos]». Los mensajeros de Cristo son también derramados en sacrificio.

A los que pusieron en duda la integridad

de Pablo, éste les responde con la asombrosa afirmación en el sentido de que él cumple la función importante en el desfile de la victoria de Dios. Pablo dice que Dios «manifiesta por medio de nosotros el dulce aroma» (*osme*, 2.14, NASB) de la historia cristiana, y que los cristianos son la «fragancia» (*euodia*, 2.15, NASB) de Cristo. En todo lugar en el que Pablo habla de esta cruz de Cristo, derramándose en libación por los demás, él se hace partícipe con su Señor del «olor de victoria», y de la fragancia que asciende a Dios.

Fue una asombrosa afirmación la que hizo, cuando dijo que era instrumento de Dios en el único gran desfile de la victoria que importaba. En consecuencia, Pablo pregunta: «Y para estas cosas, ¿quién es suficiente [*hikanos*]»? La respuesta obvia es que «nadie lo es». La pregunta la hace uno que está abrumado por la responsabilidad que es demasiado grande para él. Él sabe que ser el aroma de Dios es una sobrecogedora responsabilidad. Pablo da su propia respuesta a la pregunta que hizo, y lo hace en 3.5–6, donde dice: «[...] nuestra competencia [*hikanotes*, literalmente: “suficiencia”] proviene de Dios, el cual nos hizo ministros competentes de un nuevo pacto».

SOBRE NO SER VIVIDORES

Si Pablo no se hubiera puesto a la defensiva, él no podría haber hablado acerca del lugar especial que ocupaba en la propagación del aroma de Dios. Lo que realmente le preocupa, tal como se muestra en 2.17, es responder a la acusación en el sentido de que él era un «buhonero» (NASB) de la Palabra de Dios. El hecho de que en este versículo se niegue a aceptar tal cargo, es una señal de que él, al igual que todo dirigente cristiano, tiene que superar las dudas que se susciten acerca de su sinceridad.

La palabra que Pablo usó para referirse a los «buhoneros» (*kapeleuontes*) era la misma que corrientemente se usaba para referirse al comerciante minorista, que compraba sus mercancías del mayorista, y las revendía con un margen de ganancia. Debido a que los comerciantes minoristas a menudo aumentaban sus ganancias por medio de adulterar la calidad de los bienes, tal palabra llevaba implícita la connotación de «vividor». A veces, la palabra se usaba para referirse a los mercaderes del vino que diluían su producto con agua. Los filósofos usaban la palabra para referirse a los maestros que vendían su mensaje a cambio de dinero, adulterando y diluyendo a veces el mensaje, si ello convenía a su beneficio personal. Existían, por lo tanto, los «vividores» del comercio minorista, y los «vividores» que afirmaban enseñar la verdad.

La única característica que distinguía al vividor, era que carecía de compromiso personal con su producto. Eran la codicia y la ambición, no su devoción, las que le llevaban a su producto.

La Reina-Valera traduce 2.17 correctamente, cuando dice: «Pues no somos como muchos, que medran falsificando la palabra de Dios». No hay duda de que había vividores de la Palabra, para quienes la historia de Cristo era una mercancía a ser vendida, y de la cual esperaban obtener ganancia. Siempre habrá los que se pongan a sí mismos «a la venta». Esta situación existe en todo lugar en el que los hombres pierdan el sentimiento de temor reverencial y de asombro por el trabajo al cual están dedicados. Nuestro ministerio llega a ser equivalente a cualquier otra tarea cuando dejamos de percibir el «olor de la victoria» que hay en el servicio a Dios. Para los que se consideran a sí mismos como cautivos de Dios que son llevados en desfile triunfal, es inconcebible la idea de «hacerse de la Palabra de Dios» para obtener ganancia.

CONCLUSIÓN

La respuesta al cinismo que rodea el ministerio en nuestros tiempos, es captar la visión del lugar que nos corresponde en el plan de Dios. Es por

medio del sacrificio personal de todos los siervos de Dios que el aroma de la historia se propaga. No es con alguna empresa trivial con la que nos hemos comprometido; el aroma que propagamos es cuestión de vida o muerte. El hecho de ser partícipes de dolor y aflicción, es una forma de ser partícipes de la cruz de Cristo. La función que cumplimos dentro de la limitada esfera de nuestro ministerio, puede parecer que no produce resultados. Pero ella es parte de la misión de propagar la fragancia del conocimiento de Él «en todo lugar» (2.14).

Los hombres llegan a ser vividores cuando no perciben ninguna gloria en particular en su propio trabajo. Sin embargo, nadie que esté verdaderamente «atrapado» en el servicio de Cristo, tratará jamás el evangelio como mercancías a ser vendidas. Es inconcebible que a alguien se le ocurra «medrar falsificando la Palabra», cuando esa Palabra es una victoriosa marcha que nos atrapa en su servicio. El distintivo del cristiano consiste, por lo tanto, en que él es «atrapado» y «hecho prisionero» por una causa más grande que él. La historia de Cristo no es una cosa a ser comprada y vendida, como sí lo son los bienes del mercader. El cristiano es «el aroma de Cristo», que demuestra con su conducta que ha sido cautivado por la historia de Él. ◆